



El Mundial de Fútbol 2026, bajo sospechas

Posted on Julio 7, 2026

La Copa del Mundo siempre ha sido presentada como el torneo donde el fútbol logra unir al planeta por sobre las diferencias políticas, culturales o religiosas. Sin embargo, el Mundial de 2026 parece haber demostrado exactamente lo contrario. Más allá de los resultados y las sorpresas deportivas, el campeonato quedará marcado por una serie de controversias que instalaron una pregunta incómoda entre millones de aficionados: ¿el fútbol realmente sigue siendo ajeno a la política?

Incluso antes del partido inaugural comenzaron las dudas. El periodista argentino Alejandro Fantino advertía que este no sería un Mundial cualquiera. A su juicio, el contexto político de Estados Unidos, las políticas migratorias del gobierno, los conflictos internacionales y el creciente poder de la **FIFA** terminarían influyendo en un torneo que prometía ser histórico. En ese momento muchos consideraron exageradas sus palabras. Con el paso de las semanas, varios de esos cuestionamientos comenzaron a cobrar fuerza.

Uno de los primeros focos estuvo puesto sobre Irán. En medio de las tensiones diplomáticas y militares con Estados Unidos, la presencia de la selección iraní despertó inquietud entre analistas e hinchas. Más allá de que finalmente el equipo pudiera competir, el solo hecho de que existieran interrogantes sobre el trato que recibiría una delegación proveniente de un país enfrentado con uno de los organizadores dejó en evidencia que la geopolítica también se había sentado en la tribuna.

El segundo debate apareció fuera de los estadios. Miles de aficionados, periodistas y trabajadores vinculados al torneo debieron enfrentar estrictos controles migratorios para ingresar a Estados Unidos. La contradicción fue inevitable: mientras la FIFA promocionaba un Mundial abierto al mundo, el principal país anfitrión mantenía una de las políticas fronterizas más cuestionadas de los últimos años. Para muchos seguidores, la fiesta del fútbol parecía tener una puerta de entrada más estrecha que nunca.

Pero si había dudas, estas crecieron todavía más con la polémica conocida como la **“tarjeta roja de la FIFA”**. La controversia surgió luego de que se conocieran gestiones de Donald Trump ante la FIFA que terminaron modificando una decisión disciplinaria que involucraba al jugador estadounidense Folarin Balogun. Más allá de las explicaciones posteriores y de los argumentos reglamentarios, el episodio alimentó la percepción de que el país organizador podía ejercer una influencia que otras selecciones difícilmente tendrían. En las redes sociales, en programas deportivos y entre los propios hinchas comenzó a repetirse una frase: “si esto hubiera ocurrido con otro equipo, ¿la decisión habría sido la misma?”.

Es precisamente esa pregunta la que explica por qué este episodio terminó siendo mucho más importante que una simple sanción. En el fútbol, como en cualquier competencia, la confianza en las reglas es casi tan importante como el juego mismo. Cuando esa confianza comienza a resquebrajarse, aparecen las sospechas, las teorías y las interpretaciones. Tal vez ninguna de ellas pueda demostrarse de manera concluyente, pero tampoco pueden ignorarse cuando son compartidas por una parte importante del mundo futbolero.

A todo ello se suma otro elemento imposible de pasar por alto: Estados Unidos continúa consolidándose como el nuevo centro del fútbol internacional. En pocos años organizó la Copa América, el Mundial de Clubes y ahora la Copa del Mundo. Incluso ya existen voces que plantean la posibilidad de que vuelva a albergar futuros grandes torneos. No se trata únicamente de una apuesta deportiva. También es una demostración de poder económico, político y comercial. El fútbol se ha convertido en otra herramienta de influencia global.

La FIFA tampoco escapa a estas críticas. Durante años sostuvo que el fútbol debía mantenerse al margen de la política. Sin embargo, cada vez resulta más difícil sostener ese discurso cuando las decisiones del organismo conviven con intereses gubernamentales, acuerdos comerciales multimillonarios y la permanente búsqueda de nuevos mercados. El deporte más popular del planeta ya no se mueve solamente por la pasión de los hinchas; también lo hace por una compleja red de intereses que trasciende largamente la cancha.

Nada de esto significa que los partidos hayan dejado de emocionar o que los futbolistas no sean los verdaderos protagonistas dentro del terreno de juego. Los goles siguen provocando la misma alegría y las grandes historias deportivas continúan escribiéndose con la pelota en los pies. Sin embargo, este Mundial deja la sensación de que alrededor del espectáculo existen fuerzas cada vez más visibles que condicionan

la conversación.

Quizás ninguna de las polémicas sea suficiente para demostrar que el torneo estuvo manipulado. Pero tampoco puede ignorarse que, por primera vez en mucho tiempo, las discusiones sobre migración, política internacional, decisiones disciplinarias y poder institucional ocuparon tanto espacio como los propios partidos.

Y ese puede ser el verdadero legado del Mundial de 2026. No será recordado únicamente por sus campeones, sus goles o sus figuras. También será recordado como el torneo que obligó a muchos aficionados a preguntarse si el fútbol sigue decidiéndose únicamente dentro de la cancha o si, cada vez con más frecuencia, parte del partido comienza a jugarse mucho antes del pitazo inicial.

El Maipo